

Sobre escribir contra la dictadura.

Reflexiones de tres décadas de trabajo
en las poblaciones de Santiago de Chile

Edward Murphy

Michigan State University, EE. UU.

murph367@msu.edu

DOI: 10.32995/0719-64232023v9n18-155

Sobre escribir contra la dictadura.

Reflexiones de tres décadas de trabajo
en las poblaciones de Santiago de Chile

Edward Murphy

RESUMEN

Un historiador y antropólogo norteamericano relata cómo sus entendimientos de la dictadura y el legado de esta han cambiado a través de treinta años de trabajo en poblaciones de Santiago de Chile. El golpe de Estado, las violaciones de la dictadura y los efectos del neoliberalismo han tenido impactos particularmente poderosos y violentos tanto entre los pobladores como en su lucha para mejorar sus respectivas viviendas y condiciones de vida. Sin embargo, una perspectiva que interpreta el golpe únicamente a través de la ruptura y el cambio pierde algunas continuidades y complejidades en la trayectoria de las poblaciones, las cuales incluyen un entendimiento de la heterogeneidad de sus habitantes y la importancia de la propiedad privada en su vida. Este texto enfatiza la importancia de una perspectiva doble en las interpretaciones del desarrollo de las poblaciones durante los últimos cincuenta años, una que no solamente escribe contra los impactos horribles de la dictadura, sino que también resiste verla como el motor singular de la historia chilena desde 1973.

PALABRAS CLAVE

(Post)dictadura, poblaciones, socialismo, neoliberalismo, epistemología

On Writing Against the Dictatorship.

Reflections on Thirty Years of Work
in the Poblaciones of Santiago, Chile

Edward Murphy

ABSTRACT

An American anthropologist and historian develops how his interpretations of the dictatorship and its legacies have changed while working in the poblaciones of Santiago de Chile during the last thirty years. The coup, the violations of the dictatorship, and the effects of neoliberalism have had particularly powerful and violent effects on pobladores and in their efforts to improve their housing and living conditions. Nonetheless, a perspective that only views the coup through the lens of rupture and change loses an understanding of certain continuities and complexities in the trajectory of the poblaciones, including an understanding of the heterogeneity of their inhabitants and the importance of private property in their lives. The article emphasizes the importance of a dual perspective in interpretations of the development of the poblaciones in the last fifty years, one that not only writes against the horrific effects of the dictatorship, but also resists viewing the dictatorship as the singular motor of Chilean history since 1973.

KEYWORDS

(Post)dictatorship, poblaciones, socialism, neoliberalism, epistemology

El golpe de Estado en Chile marca un antes y un después; se trata de un horroroso y demoledor quiebre que pasó a ser emblemático de transformaciones más amplias en la historia latinoamericana y mundial. El autoritarismo derrotó a la democracia. El fundamentalismo de libre mercado se impuso sobre las iniciativas de redistribución social. Las víctimas de la dictadura, desde los desaparecidos hasta los desposeídos, no han podido (ni podrán) recuperar plenamente lo que fue hecho añicos. Existen llagas abiertas que siguen supurando.

Todas estas dinámicas tienen una particular resonancia y efecto para los pobladores, nombre que generalmente se les da a los habitantes de bajos ingresos de las ciudades chilenas. Este grupo se vio arrastrado (y a menudo participó) en dos de los rasgos característicos del gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende: sus ambiciosas iniciativas y sus expresiones de movilización popular. Posteriormente, los pobladores sufrieron la dictadura de manera desproporcionada. Como antropólogo e historiador estadounidense que ha trabajado con ellos desde 1994, he tratado de dar testimonio de los daños que les generó la represión de la dictadura y la institución del neoliberalismo. Considero este tipo de testimonio como una forma de solidaridad: un acto ético y político de resistencia no solamente frente a la violencia y el abuso del autoritarismo, sino también a la violencia y el poder más difuso del neoliberalismo.

Aun así, también he tratado de encontrar otra manera de resistir al golpe: dejando de otorgarle el poder singular de definir la historia de Chi-

le desde el 11 de septiembre de 1973. Al observar las experiencias de los pobladores desde mediados del siglo XX, encontré ciertas continuidades y matices en su trayectoria que un enfoque particular en la dictadura y la era neoliberal oscurece. Después de todo, una dinámica básica de su lucha ha sido recibir viviendas en un sistema en el que la propiedad privada es omnipresente, basada en una compleja articulación liberal que procedió al régimen antidemocrático y que seguirá siendo importante en el futuro. Es necesario, entonces, desarrollar una perspectiva dual sobre el golpe y sus efectos, una que revele no solo sus devastadoras y sobrecogedoras consecuencias, sino también su poder para oscurecer y limitar el análisis y el compromiso social e intelectual. Este enfoque es tanto un imperativo de investigación como una necesaria perspectiva crítica respecto al pasado, el presente y el futuro.

Me tomó mucho tiempo llegar a esta perspectiva. Durante años, mi comprensión de Chile estuvo alimentada en gran medida por un sentimiento de rabia y un deseo de exponer, compartir y denunciar. Como estadounidense del área metropolitana de Chicago, la primera vez que realmente presté atención a lo que estaba pasando en Chile fue a mediados de la década de los ochenta, a través de informes noticiosos y canciones de U2 y Sting en conciertos organizados por Amnistía Internacional en apoyo a la causa de los derechos humanos. A través de artículos, letras de canciones e imágenes sobre Chile, compartí el sentimiento de indignación ante la difícil situación de las madres de los desaparecidos y las acciones del gobierno de Estados Unidos y sus aliados ideológicos en Chile y en América Latina durante la Guerra Fría. En mis estudios universitarios, a principios de la década de los noventa, las dictaduras latinoamericanas habían comenzado a desaparecer de los titulares de la prensa norteamericana, pero leí testimonios, novelas e informes de derechos humanos desde y sobre América Latina. Esta literatura, alimentada por trabajos académicos y activistas a menudo interconectados, enfatizaba (con razón) cómo los desposeídos y los subalternos habían sufrido no solo formas desmesuradas de abuso dic-

tatorial, sino que también habían perdido, en gran medida, la capacidad de movilizarse para superar las desigualdades e injusticias¹.

Chile ocupó un lugar destacado en las representaciones que se formaban a partir de estos informes y denuncias, especialmente cuando yo empezaba a estudiar las transiciones a la democracia en la región. Estas incluían análisis de cómo los generales de las dictaduras latinoamericanas habían desaparecido de la vista pública, pero seguían representando una fuerza interna, haciendo que las transiciones democráticas fueran frágiles y fragmentadas². Pinochet fue emblemático de esta tendencia durante la post-dictadura: fue comandante en jefe del Ejército y senador vitalicio derivado de la constitución que su propio régimen había redactado en 1980.

Por supuesto, el hecho de que Pinochet fuera emblemático de una tendencia más amplia en la región no era nuevo. Su régimen había derrocado a Salvador Allende, un socialista electo que gobernó de manera democrática y, en gran medida, sin represión, en una instancia donde Estados Unidos claramente jugó un papel en el ascenso y longevidad de la dictadura. Posteriormente, esta contribuyó a impulsar el giro hacia políticas de libre mercado que llegaron a dominar la mayor parte del mundo a finales de los años ochenta. Al llegar a consolidar y personalizar su poder, además de permanecer como dictador hasta 1990, Pinochet fue *el* símbolo de las dictaduras reaccionarias de derecha en América Latina.

En consideración de estas historias, me sentí interpelado a unir mi voz con algunas de las campañas de derechos humanos de largo aliento y a las redes de sobrevivientes. Yo también intenté decir “nunca más” a la forma singular de maldad radical que existe cuando las dictaduras utilizan

1 Me impactaron mucho el testimonio de Rigoberta Menchú (Burgos, 1984) y la novela *La casa de los espíritus* de Isabel Allende (1985). A menudo seguí informes de Amnistía Internacional y Human Rights Watch y comencé a leer con cierta regularidad los informes de la Conferencia Norteamericana de América Latina (NACLA), publicado en *NACLA Report on the Americas*.

2 John Tutino, un historiador mexicano de la Georgetown University, me lo expresó así en un curso de introducción a la historia latinoamericana en 1993.

los poderes soberanos del Estado para violar y exterminar brutalmente a sus adversarios políticos. Mi compromiso con Chile precedió a mis investigaciones y se movilizó por una causa más amplia: documentar y denunciar el autoritarismo y sus formas intolerables de violencia y victimización.

Este compromiso fue el que me motivó en mi primer viaje a Chile entre 1994 y 1995, cuando trabajé como voluntario en talleres con adolescentes sumergidos en problemas de consumo y adicción a las drogas en la Municipalidad de Renca, en Santiago. Viajé a Chile por muchas razones, varias de las cuales ahora me resultan difíciles de descifrar por completo. Pero tenía la sensación de que quería estar ahí, ayudando si es que podía, y sabiendo que la inmersión y el trabajo en terreno serían primordiales para ver y descubrir todo lo posible. Me inspiraban los relatos de sacerdotes latinoamericanos que habían practicado la teología de la liberación, además los testimonios de activistas de derechos humanos y antropólogos que vivieron con sujetos oprimidos y que los ayudaron a negociar sus luchas cotidianas e intentaron dar voz a sus experiencias.

Mi experiencia en Renca confirmó algunos de los puntos clave propuestos por las perspectivas críticas emergentes sobre la dictadura frente a la visión dominante que plantea que Chile podría servir como un modelo exitoso para el neoliberalismo, incluso en la reducción de la pobreza. Estos críticos afirmaron algo de lo que yo fui testigo: cómo los pobladores vivían en condiciones intolerables que, invariablemente, se vinculaban a su entorno neoliberal y a los legados de la dictadura. Tanto en las calles como en casas rodeadas de barricadas, a menudo se podía sentir miedo y sospecha. Los pobladores padecían de altos niveles de desempleo y subempleo; pocos trabajaban en empleos estables que contaran con sindicatos (Collins, 1995). Muchos sufrían la carga de deudas onerosas y enfrentaban problemas de salud mental de manera desproporcionada (Moulian, 1995; Han, 2012). Vivían en una ciudad altamente segregada que tenía accesos diferenciados a los servicios y a la seguridad. Todo esto era aún más dramático en la medida en que había pocas oportunidades

para movilizarse colectivamente y lograr formas significativas de democracia participativa (Schild, 1997).

Con el tiempo, ha quedado claro el papel de la dictadura en todo esto: reprimió y marginó a los trabajadores organizados, al tiempo que contribuyó a hacer el trabajo más flexible e inseguro (Winn, 2004). Implementó políticas para la “erradicación de la pobreza” que eliminaron los campamentos de los centros urbanos para reubicarlos en la periferia. De esta forma, hizo posible un gran auge de la construcción en el Santiago adinerado que facilitó la expansión del capital financiero, un proceso socioespacial que es crucial para la trayectoria del neoliberalismo (Morales y Rojas, 1987; Murphy, 2022). Además de los sindicatos, la dictadura también contribuyó a desarticular otros movimientos populares poderosos, tanto a través de la represión como de la implementación de formas tecnocráticas de gobierno (Paley, 2001). Si bien los gobiernos de la postdictadura en general no implementaron estas políticas ni crearon estas condiciones, ayudaron a propagarlas y a legitimarlas.

En términos generales, los pobladores eran un grupo reprimido e inseguro, viviendo como un precariado más que como un proletariado, con pocos medios para una participación social y política significativa. Su atomización y desesperación me resultaron visceral y horriblemente evidentes durante el año que pasé trabajando con jóvenes adictos a las drogas. Muchos adolescentes que conocí se cortaron a sí mismos mientras estaban bajo los efectos del neoprén, un indicio, decían a menudo en las sesiones de terapia, de su rabia y sensación de impotencia. Algunos de estos jóvenes eran familiares de torturados y desaparecidos. Sin embargo, los tipos cotidianos de sufrimiento social que enfrentaban parecían extenderse en todas direcciones, con pocos recursos de reconocimiento o reparación en un país que lenta y vacilantemente estaba aceptando los peores abusos de la dictadura.

Regresé a Chile como estudiante de doctorado en Antropología e Historia a principios de la década de este siglo, y retomé algunos contactos y amigos que había hecho en las poblaciones para profundizar en mis

estudios sobre los movimientos y políticas de vivienda desde la década de 1950 hasta ese momento. Al principio de mi estadía de un año y medio, la imagen de un precariado urbano despolitizado fue pronto reafirmada y profundizada, en especial cuando comencé a investigar cuán intensamente se habían movilizado antes los pobladores.

Entre 1967 a 1973, los pobladores de Santiago habían participado, de una manera sin precedentes, en tomas de terreno para establecer su hogar, involucrando a alrededor del 14% de la población de la ciudad (Murphy, 2021:112-113). Estos pobladores se habían apoderado de la tierra de manera colectiva y altamente organizada, afirmando su derecho a la vivienda como ciudadanos. Habían sido actores fundamentales en el desarrollo del socialismo y la movilización de base en los años previos (e incluso posteriores) al golpe. Con tendencia a trabajar con sus vecinos en comités dedicados a la seguridad, comunicación, cuidado de los niños, infraestructura y vivienda del vecindario, recibieron formas cruciales de apoyo de parte de partidos políticos de izquierda, estudiantes, organizaciones eclesióásticas y movimientos sindicales. Construyeron creativamente sus hogares y comunidades, a menudo yendo contra las lógicas del mercado y los paradigmas estatales (Garcés, 2002). En términos prácticos, ampliaron los derechos de ciudadanía para incluir a la vivienda y proporcionaron nuevas vías para obtener acceso a la propiedad.

Después del golpe, en gran medida debido a este activismo previo, la dictadura centró su furia reaccionaria en los pobladores. Inició allanamientos masivos de poblaciones y campamentos, registrando hogares de manera violenta, deteniendo, haciendo desaparecer y torturando de manera desproporcionada (Colectivo de Memoria Histórica, 2005). De forma inquietante y decepcionante, la coalición de centro izquierda que encabezó la transición, la Concertación, no reconoció esta represión. Peor aún, se unió a un coro de voces que demonizaban la movilización popular. La Concertación no solo se distanció del activismo de los años de Allende, sino que también dejó de lado a los pobladores y a los grupos activistas de izquierda involucrados en las protestas nacionales de 1983 a 1986. Muchas poblacio-

nes que habían sido más activas fueron sitios cruciales de resistencia contra la dictadura (entre otros, Garcés, 2019 y Bruey, 2018). Pero la Concertación dio la espalda a los pobladores más radicales y activos, centrándose en la estabilidad, la inversión y la experiencia tecnocrática. Es cierto que aumentó los subsidios en construcción y vivienda, pero se trataba de un gasto social focalizado que buscaba contener la movilización popular y mantener gran parte del modelo neoliberal intacto. En general, estas viviendas distaban de ser lugares dignos para vivir (Rodríguez y Sugranyes, 2005).

Poco después de regresar del “trabajo de campo” en Santiago, leí *La última masacre colonial: América Latina durante la Guerra Fría*, de Greg Grandin, que exploraba la trayectoria de la dictadura de Pinochet y sus efectos en la movilización de las poblaciones. Para Grandin (2004), la ola de dictaduras que asoló a América Latina durante la Guerra Fría debe entenderse como un proyecto contrarrevolucionario que reprimió violentamente los movimientos reformistas y revolucionarios. Estos regímenes acabaron con experimentos democráticos inventivos de acción colectiva y solidaridad en la región. Al adoptar el neoliberalismo, forjaron un nuevo camino, pero uno conseguido por la vía de la represión. Los pobladores encajan bastante bien en estas dinámicas y me quedó claro que mi trabajo todavía tenía que centrarse en exponer los tipos de violencia, desigualdades y transformaciones históricas que creó la dictadura.

Al mismo tiempo, sin embargo, mi comprensión del pasado y presente chileno se estaba volviendo más matizada. Poco a poco, dejé de desarrollar solo narrativas de denuncia de la dictadura y de solidaridad con sus víctimas, al menos en la forma en que estas narrativas solían escribirse y contarse. Esto incluyó reexaminar las subjetividades políticas de los pobladores y dejar de interpretar el golpe únicamente a través de la perspectiva de la ruptura y el cambio³.

3 En términos de la subjetividad, me impactaron las perspectivas feministas y los estudios subalternos, incluyendo a Kirkwood (1982) y Mallon (1994). Tinsman (2004), al escribir

En términos de las subjetividades políticas de los pobladores, la imagen predominante suele presentarlos como partidarios de las políticas redistribucionistas y fuerzas activistas detrás de Allende y como víctimas de la dictadura. Estas dos características dieron forma a muchas representaciones académicas y narrativas izquierdistas de solidaridad. Señalaban tendencias significativas y verdaderas, pero aun así estaban incompletas. En mi investigación, por ejemplo, hablé con pobladores que defendían puntos de vista conservadores, incluidos varios pinochetistas. Si bien estos pobladores eran una minoría, cabe decir que tenían fuerza. Por ejemplo, en Renca, el municipio en el que yo trabajaba, se eligió a Vicky Barahona – una derechista del partido Unión Demócrata Independiente (UDI) – como alcaldesa, cargo en el que permaneció entre el 2000 y el 2016.

La UDI, que solía presentarse como un partido interesado en el orden, el patriotismo y la libertad, ha tenido líderes con papeles decisivos tanto en el diseño de políticas como en los marcos legales de la dictadura. El partido también se benefició directamente de las acciones que había tomado la dictadura en la creación de redes clientelistas y municipios más poderosos (Valdivia et al., 2008 y Pérez, 2016), ambos factores importantes en la alcaldía de Barahona. Hablé con pobladores que todavía celebraban a Pinochet como “el Presidente” o incluso “el Tata” que les había concedido viviendas. Si bien las políticas de vivienda de la dictadura fueron reaccionarias, y coercitivas, forjando la segregación urbana, también fueron procesos complejos en los cuales muchos pobladores obtuvieron viviendas definitivas. Para algunos de ellos (¡no todos!), el hecho de haber recibido una solución habitacional bajo la dictadura se tradujo en un apoyo al dictador (Pérez, 2012).

sobre mujeres trabajadoras en la agricultura, señaló que ellas eran “más que víctimas”. Sobre la importancia de ver el golpe como algo más allá de solo una ruptura, me resuena la formulación de David Harvey (2003), para quien uno de los “mitos de la modernidad” es que los regímenes políticos pueden crear un cambio total.

Lejos de verse a sí mismos como víctimas de la dictadura, los pobladores conservadores a menudo se veían a sí mismos como beneficiarios de la dictadura y, en ocasiones, incluso defendían sus formas represivas. Un poblador me dijo que la dictadura “había limpiado la basura” en sus operativos de seguridad. La expresión de este tipo de sentimiento hablaba de las complejidades respecto a quiénes eran en tanto sujeto sociopolítico. Sus identidades debían evaluarse de manera interseccional y no esencial, sin suposiciones sobre sus simpatías radicales e izquierdistas.

Sin embargo, la pregunta sobre las subjetividades e identidades de los pobladores iba más allá de sus diferencias ideológicas. Todos los pobladores que entrevisté valoraban mucho el llegar a ser dueños de su propia casa, y narraban el momento en que recibieron los títulos de propiedad como un claro parteaguas en su vida. Esto fue cierto tanto para aquellos con inclinaciones más conservadoras como para los izquierdistas que tendían a ver las tomas de terrenos en los años previos al golpe como un punto culminante de la movilización popular y la acción revolucionaria. Como me dijo un militante del Partido Comunista, refiriéndose a su propia casa, “cuando algo es tuyo, te lo guardas como hueso santo”.

A medida que mi trabajo continuaba, comencé a ver cómo cientos de miles de pobladores podían valorar, simultáneamente, el ser dueños y dueñas de casas y el haber participado en las tomas de terrenos. Los pobladores que entrevisté recordaban las tomas como un acto arriesgado y peligroso en defensa de su derecho a la vivienda. Destacaban las dificultades y sacrificios que habían emprendido. Esto no solo incluía formas conflictivas de activismo y autoconstrucción, sino también el haberse inscrito en programas de vivienda gubernamentales, pagando cuotas mensuales antes de la división de los predios. Estos pobladores fueron examinados tanto por trabajadores sociales del gobierno como por líderes vecinales en razón de sus cualidades como trabajadores esforzados que apoyan a su familia y vecinos. Pero no consiguieron viviendas y, debido a esto, afirmaron tener el derecho a establecer su propia casa. Además, durante los años posteriores a las tomas,

en dictadura, los pobladores sufrieron y trabajaron por construir su hogar y sobrevivir en barrios que tenían pocos servicios de infraestructura y que por entonces conformaban un entorno especialmente represivo. Una pobladora defendió cómo ella y sus vecinos establecieron su vecindario cuando me contaban que “nos organizamos, trabajamos, sufrimos y luchamos por nuestras casas... nadie sabe cómo sufrimos en el medio del barro”.

Al tomar los terrenos, los pobladores afirmaron que merecían una vivienda por sus acciones, trabajo, sufrimiento y por la inacción del Estado, no por sus afinidades políticas y no necesariamente por sus acciones radicales. Al hacerlo, reforzaron la sensación de que los ciudadanos merecedores deberían disfrutar de los derechos de ciudadanía, lo cual condice con una de las bases del Estado liberal. Me costó mucho entender esta conclusión, ya que también sabía cómo las tomas de terrenos habían desafiado las relaciones de propiedad dominantes y reforzado el poder popular. Pero al tomar en serio cómo los pobladores se habían convertido en propietarios, comencé a ver las formas complejas en que el activismo popular se había entrelazado con las relaciones de propiedad. Empecé a referirme a los pobladores que se habían tomados terrenos y que habían establecido hogares duraderos como propietarios insurgentes.

Hoy en día, los pobladores todavía suelen valorar mucho las casas que obtuvieron a través de las tomas (y otros medios). Esta valorización de la propiedad privada fue una perspectiva que muchos activistas e izquierdistas pasaron por alto tras el estallido social de 2019, en el primer esfuerzo por redactar una nueva constitución que reemplazara la de la dictadura. Los partidarios de la propuesta tendían a suponer que los pobladores votarían abrumadoramente a favor de la nueva carta fundacional, especialmente porque en su artículo 51 incluía una afirmación respecto al derecho a un hogar digno, noción que durante mucho tiempo había sido central para los movimientos de los sin casa. Sin embargo, los partidarios de la propuesta no entendieron que muchos de los pobladores no solo podían creer en la vivienda como un derecho social, sino también en la propiedad privada

como una parte básica y legítima del orden social. Si bien los opositores a la propuesta constitucional difundieron mentiras sobre cómo la constitución quitaría las casas a las personas (Ciper Chile, 2022), no obstante, aprovecharon una poderosa sensibilidad que defendía los derechos de propiedad.

Al observar cómo a los pobladores les importaba la propiedad privada, comencé a pensar en cómo podían compartir valores y puntos de vista que hablaban de formas de poder sutiles y socioculturales que no solo moldeaban la vida cotidiana y las identidades, sino también la formación del Estado, las relaciones ciudadanas y los movimientos de los sin casa. Los paradigmas y relaciones de propiedad han quedado profundamente arraigados, colaborando a formar una subjetividad que no es solo neoliberal sino también liberal. Esta subjetividad liberal ha tenido fuerza histórica desde mucho antes de la dictadura y seguirá tendiéndola en el futuro, incluso cuando la era neoliberal detenga de una muerte lenta y tortuosa.

Mi mirada a la dinámica de propiedad y las sensibilidades de los pobladores me llevó a adoptar una perspectiva de largo plazo que enfatiza las continuidades anteriores al golpe; asimismo, me ayudó a ver una importante transformación histórica. Desde la década de 1960 hasta la primera de este siglo, los pobladores de Santiago solían vivir en casas con títulos de propiedad. Las tomas de terrenos y el activismo popular por la vivienda fueron factores importantes para que esto sucediera. Si bien las viviendas que ahora ocupan todavía tienen muchos problemas, en especial considerando que recientemente ha habido un gran aumento de las tomas y los campamentos (Pérez, 2022; Castillo, 2023), la vivienda ha mejorado de manera significativa gracias al activismo y las luchas en las que han participado los pobladores. En este sentido, la comprensión del legado de la movilización izquierdista antes del golpe sigue siendo importante para animar conflictos actuales por viviendas más adecuadas y dignas.

La dictadura no es ni podría ser el motor singular de la historia chilena desde 1973. Sin embargo, sigue siendo necesario el enfrentarla directamente. Es crucial adoptar una especie de doble registro, uno que resuelta-

mente exponga y denuncie la dictadura y sus efectos, al mismo tiempo que se muestre abierto y exploratorio, desarrollando nuevas perspectivas que sondeen los contornos de la vida social y política. Tal registro tal vez sea especialmente necesario ahora, en un momento en que las instituciones de gobierno están en crisis y la vida sociopolítica y los movimientos populares están plagados de posibilidades y peligros, tanto en Chile como en otros lugares. Este registro también puede ser la clave para salir lejos de la larga sombra de la dictadura y sus problemáticos legados y consecuencias, a más de cincuenta años del golpe.

BIBLIOGRAFÍA

- Allende, I. (1985). *The House of the Spirits*. A.A. Knopf.
- Bruey, A. (2018). *Bread, Justice, and Liberty: Grassroots Activism and Human Rights in Pinochet's Chile*. University of Wisconsin Press.
- Burgos, R. (Ed). (1984). *I, Rigoberta Menchú: An Indian Woman in Guatemala*. Verso.
- Castillo Braithwaite, S. (2023, diciembre). *El conflicto por la vivienda en Chile (2019-2023): antecedentes y nuevas facetas*. Workshop Asentamientos informales de América Latina: Indagaciones sobre memorias barriales e historia urbana. Buenos Aires, Argentina.
- Ciper Chile (2022, 28 de octubre). *Desinformación en el plebiscito: el vacío legal que dejó a 202 denuncias ante el Servel sin ser investigadas ni sancionadas*. Ciper Chile. Recuperado el 14 de diciembre de 2023, de <https://www.ciperchile.cl/2022/10/28/desinformacion-en-el-plebiscito-el-vacio-legal-que-dejo-a-202-denuncias-ante-el-servel-sin-ser-investigadas-ni-sancionadas/>.
- Colectivo de Memoria Histórica (2005). *Tortura en poblaciones del Gran Santiago*. Corporación José Domingo Cañas.
- Collins, J. (1995). *Chile's Free Market Miracle: A Second Look*. Food First.
- Garcés, M. (2019). *Pan, trabajo, justicia, y libertad: las luchas de los pobladores en dictadura (1973-1990)*. LOM Ediciones.
- Garcés, M. (2002). *Tomando su sitio: el movimiento de pobladores de Santiago, 1957-1970*. LOM Ediciones.
- Grandin, G. (2004). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. University of Chicago Press.

- Han, C. (2012). *Life in Debt: Times of Care and Violence in Neoliberal Chile*. University of California Press.
- Harvey, D. (2003). *Paris: The Capital of Modernity*. Routledge.
- Kirkwood, J. (1982). *Ser feminista en Chile: Las feministas y los partidos*. FLACSO.
- Mallon, F. (1994). "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Views from Latin American History". *American Historical Review*, 99(5), 1491-1515.
- Morales, S. y S. Rojas. (1987). "Relocalización socioespacial de la pobreza: política estatal y presión popular, 1979-1985". En J. Chateau (Ed). *Espacio y poder. Los pobladores* (pp. 77-120). FLACSO.
- Moulian, T. (1997). *Chile actual: anatomía de un mito*. LOM Ediciones.
- Murphy, E. (2022). "Putting Neoliberalism in a Place: A Memory Site, Urban Restructuring, and Property's Entanglements in Chile". *Comparative Studies in Society and History*, 64(2), 446-77.
- Murphy, E. (2021). *Por un hogar digno: el derecho a la vivienda en los márgenes del Chile urbano, 1960-2010*. LOM Ediciones.
- Paley, J. (2001). *Marketing Democracy: Power and Social Movements in Post-dictatorship Chile*. University of California Press.
- Pérez Contreras, A. (2016). *La UDI tras el telón: agitación social, lavinismo y clientelismo*. Editorial América en Movimiento.
- Pérez Contreras, A. (2012). "Las casas de Pinochet: Políticas habitacionales y apoyo popular, 1979-1988". En V. Valdivia, R. Álvarez, y K. Donoso (Eds). *La alcaldización de la política: Los municipios en la dictadura pinochetista*. LOM Ediciones.

- Pérez, M. (2022). *The Right to Dignity: Housing Struggles, City Making, and Citizenship in Urban Chile*. Stanford University Press.
- Rodríguez, A. y Sugranyes, A. (Eds). (2005). *Los con techo: un desafío para la política de vivienda social*. Ediciones SUR.
- Schild, V. (1997). "The Hidden Politics of Neighborhood Organizations: Women and Local Participation in the Poblaciones of Chile". En M. Kaufman y A. H. Dilla (Eds). *Community Power and Grassroots Democracy: The Transformation of Social Life* (pp. 126-150). Zed Books.
- Tinsman, H. (2004). "More Than Mere Victims: Women Agricultural Workers and Sociocultural Change in Rural Chile. En P, Winn (Ed). *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Liberalism in the Pinochet Era* (pp. 261-297). Duke University Press.
- Valdivia, V. et al (2018). *Su revolución contra nuestra revolución: la pugna marxista-gremialista en los ochenta*. LOM Ediciones.
- Winn, P. (Ed). (2004). *Victims of the Chilean Miracle: Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era*. Duke University Press.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Daniela Paz Jara por la invitación de contribuir a esta edición y a Ann Farnsworth-Alvear, Heidi Tinsman y Camilo Trumper por sus comentarios a un borrador de este artículo en el evento “The Chilean Coup at 50: Historians’ Roundtable on 1973 and Its Reverberations” en la Universidad de Pennsylvania, septiembre 2023.

SOBRE EL AUTOR

Doctor en Historia y Antropología de la Universidad de Michigan. Actualmente es Profesor Asociado de Historia en la Universidad Estatal de Michigan (EE. UU.). Ha publicado dos libros sobre la trayectoria de las poblaciones de Santiago de Chile, incluyendo uno basado en testimonios de las pobladoras y pobladores y *Por un hogar digno: el derecho a la vivienda en los márgenes de Chile urbano, 1960-2010* (LOM Ediciones). Es autor de varios artículos sobre la vivienda popular, los movimientos sociales, las políticas del Estado, la ciudadanía y los procesos de revolución y contrarrevolución entre los 1950 y la actualidad en Chile.